

Rubén Ortiz Lamadrid

Feb 28/53 m

Liga Contra la Indecencia

TENGO entendido que acaba de constituirse en La Habana, integrado por personas de buen crédito y gran voluntad, un organismo cuyo patronímico exacto no recuerdo, a pesar de lo reciente de la noticia, pero que responde al plausible propósito de una severa cruzada social contra la indecencia.



ORTIZ LAMADRID

Puritanismo y gazarmonería aparte, hay que declarar que a estos ciudadanos les espera una ardua labor, la cual no se circunscribe, naturalmente, a denunciar libros y revistas pornográficos, zafios programas radiales y de video y películas "naturistas" europeas.

Eso es lo accesorio, como vehículo gráfico de un modo de pensar; sintomático únicamente de la insensibilidad y la desatención, en el mejor de los casos, del ambiente donde se producen y del que lo asimila sin escándalo de las mayorías, como la cosa más natural del mundo, por un déficit moral que es, a veces, extenuación del espíritu.

El mal principal hay que descubrirlo y atacarlo más hondo, a conciencia de que su peligrosidad abarca más amplio radio de acción, destruyendo por su base toda convivencia civilizada, creadora, fecunda entre los hombres.

Esa tarea de sanidad social hay que llevarla a los hogares principalmente, mediante fórmu-

las sencillas y claras que identifiquen sin lugar a dudas ante la familia cubana, cual debe ser el correcto proceder humano frente a la vida, permitiéndonos apreciar, al instante, la torpe contradicción que existe entre nuestro pensamiento, sentir y acción diaria y lo que sabiamente prescriben los diez mandamientos de la ley de Dios, la observancia plena de los cuales nos releva, a mi juicio, de toda liturgia oficiosa, disímil según se trate de una u otra religión.

Debemos reactivar los principios en crisis, guiando la mente por senderos de luz donde sea posible oxigenar el alma con altos vuelos, rescatándola del chapoteo en el pantano donde se envilece. Para lograrlo, no basta con excomulgar a los lúbricos, porque se solazan con la lectura o la exhibición de las porquerías que engendran unos cuantos mercaderes, confiscando libros o prohibiendo programaciones cinematográficas o teatrales. La raíz de la enfermedad se arraiga mucho más adentro y sus manifestaciones superiores no son precisamente aquellas que excitan y explotan los sentidos, sino las que conspiran contra y destruyen elementales inhibiciones del ser humano en su apreciación del y en su trato con el prójimo.

Mediante ese examen, de más sustancia, se enfrenta uno, inclusive, con la política, y pronto advierte que en comparación con los estragos del confusiónismo mental que la misma crea en un medio subvertido como el nuestro, los libritos picantes y las películas morbosas son niños de teta. Por la pasión política al uso se degenera a un pue-

blo fatalmente, llevándolo a la concepción y a la comisión de las más inhumanas y punibles bajezas, con la mente trastornada por las simulaciones de que echan mano siempre los que a todo trance quieren vivir a sus expensas; siendo éste el alto precio que satisfacen hoy las multitudes por mantener la ilusión de que verdaderamente deciden algo, de que positivamente mandan, cuando en realidad marchan opiadas a satisfacer el interés infame que le cobran por tan pequeño préstamo sus usureros, los líderes de la política nacional, empeñados en que nos quememos todos en el fuego del infierno. Sin sanear la mentalidad social y política en el seno de la familia cubana es casi superfluo emprenderla con las novelitas "galantes", con las revistas de desnudos "artísticos", el video o las películas de técnica "realista", porque ello sería como despreocuparse ante la amenaza atómica, en tanto ponemos todo nuestro empeño en, protegernos contra las bombas de TNT.

Universalicen sus proyecciones por así decirlo, esos admirables ciudadanos que nos anuncian una cruzada contra la indecencia, y le prestarán un gran servicio a la patria, uno de cuyos principales enemigos opera en la sombra, despertando odios y provocando crímenes feroces, siempre con la excusa en ristre de tal o cual estado de cosas, cuando en buena práctica cristiana nada ni nadie excluye al hombre de pecado capital, si de tal modo inspira o ejecuta acciones que redunden en preconcebido daño, moral o físico, de sus semejantes.

M, Feb 28/53



PATRIMONIO DOCUMENTAL

ORIGINA DEL HISTORIADOR DE LA HABANA